



Anuario de Historia de la Iglesia  
ISSN: 1133-0104  
ahig@unav.es  
Universidad de Navarra  
España

Guy Bagnard, Mons.  
El Cura de Ars, apóstol de la misericordia  
Anuario de Historia de la Iglesia, vol. 19, 2010, pp. 243-249  
Universidad de Navarra  
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35514154013>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

---

## El Cura de Ars, apóstol de la misericordia

*The Curé of Ars, Apostle of Mercy*

---

Mons. GUY BAGNARD

Obispo de Belley-Ars. 31 rue Docteur-Victor-Nodet, B.P. 154. 01004 BOURG-EN-BRESSE. CEDEX, France

En la apertura del año sacerdotal, el papa Benedicto XVI lo ha querido colocar explícitamente bajo el patrocinio de Juan María Vianney, el santo Cura de Ars, en la prolongación del 150 aniversario de su muerte (4 de agosto de 1859). Este «modelo sin igual en el cumplimiento del ministerio y de la santidad del ministro» (Juan Pablo II) continua ejerciendo en nuestros días un influjo importante. Su ejemplo mantiene en muchos de nuestros contemporáneos –y no solamente en los cristianos– una profunda estima por el sacerdocio católico. También ha inspirado a numerosos sacerdotes un deseo de perfección y un nuevo impulso misionero.

Agradezco al director de la revista *Anuario de Historia de la Iglesia*, publicación de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, el haber proyectado este importante dossier. Bajo la pluma de tres autores cualificados, se presenta con competencia el cuadro histórico en el cual vivió san Juan María Vianney y, en ese contexto, las grandes intuiciones pastorales que supo desarrollar. También se pone en evidencia como el magisterio pontificio, desde san Pío X –de manera siempre creciente–, no ha cesado de ponerlo como ejemplo a los sacerdotes de todo el mundo.

Entre las muchas facetas del carisma del santo Cura de Ars, quisiera evocar brevemente el ministerio de la misericordia, ya que lo ejerció de una manera extraordinaria. La infancia de Juan María Vianney coincidió con los sucesos trágicos de la Revolución francesa, fruto amargo del racionalismo del Siglo de las luces. Como en tantos otros períodos sombríos de la historia, frente a actitudes intolerables, le tocó a la Iglesia, injustamente perseguida, imitar la dulzura y la humildad de su Señor, curar las heridas psíquicas y espirituales, socorrer a los pobres, reconciliar a los pecadores y trabajar en pro de la educación y de la salvación de las almas. Esta tarea fue, en

MONS. GUY BAGNARD

buena parte, obra del clero y de las personas consagradas. En ella, el ministerio del Cura de Ars se inserta naturalmente en la tradición de los santos pastores amigos de los pobres, como Martín de Tours o Vicente de Paúl. El sacerdote que ha recibido la ordenación prolonga la acción de Cristo buen pastor. Porque ha dado sus labios, sus manos, su inteligencia y su corazón a Cristo, para continuar su obra de curación, de verdad y de vida, está obligado a reservar un lugar de primer orden al ministerio de la misericordia.

\* \* \*

Juan María Vianney es, dentro de la historia de la Iglesia, el testimonio privilegiado de este ministerio. En el ejercicio de su cargo de párroco, a lo largo de los años, el tiempo pasado en el confesonario es desmesuradamente grande. Se calcula que se pasaba entre trece y dieciocho horas diarias, durante todo el año, con frío o con calor. En los últimos veinticinco años de su vida no hizo otra cosa. «En raras ocasiones un pastor ha sido tan consciente de sus responsabilidades, devorado por el deseo de arrancar a sus fieles de sus pecados o de su tibieza»<sup>1</sup>.

Observando a Juan María Vianney en el ejercicio de esta pastoral de la misericordia, un hecho merece ser señalado. Había captado el inmenso esfuerzo que requería a un pecador el venir a buscar el perdón. Reconocer su enfermedad es ya una prueba. Pero decidirse a liberarse de ella es una prueba aún más pesada. La tendencia natural es retrasarla. Mil razones surgen para posponerla. El hijo de la parábola ha esperado hasta el último momento, cuando estaba literalmente muerto de hambre, para decidirse a emprender el camino de regreso a casa.

El Cura de Ars, que tenía un profundo conocimiento del corazón humano, tuvo un día una idea extravagante. Con riesgo de sorprender a los que le rodeaban y de levantar incomprendiciones contra él, decidió hacer una puerta en la fachada de la iglesia parroquial, ligeramente en un lado; es una puerta tan estrecha y discreta que, aún hoy en día, pasa inadvertida. Empujándola uno caía a los pies del confesonario, colocado allí mismo expresamente. Era el quinto confesonario que había instalado en la iglesia. Los otros cuatro estaban situados en la nave o detrás del altar. La ventaja de este nuevo dispositivo era que permitía ir a confesarse totalmente de incógnito. Era allí donde los que el llamaba grandes pecadores podrían abrirse a la misericordia. Gran delicadeza de este sacerdote que experimentaba en sí mismo lo que costaba volver a la iglesia de la cual se habían ausentado por treinta, cuarenta o cincuenta años. Así, la gracia de la misericordia se ponía al alcance de un mayor número de personas. Solo esta ocurrencia ya dice mucho del amor hacia los pecadores que ha-

---

<sup>1</sup> Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes con motivo del jueves santo, el 16 de marzo de 1986, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, IX/1 (1986) 730.

bitaba en el corazón de Juan María Vianney, a imagen del Padre de la parábola que espera en el umbral y mira hacia el horizonte intentando avistar a su hijo. Juan María Vianney tenía la costumbre de decir: «No es el pecador el que vuelve hacia Dios para pedirle perdón; sino que es Dios mismo el que corre hacia el pecador y le hace volver a Él»<sup>2</sup>. Su corazón sacerdotal tenía de primeras hacia aquellos que parecían más alejados. Dentro de este confesionario, decía, ¡puedo coger a las almas al vuelo! Concretaba con hechos el amor de Dios por los pecadores.

Si la misericordia es el remedio más seguro para curar las enfermedades del alma, era indispensable acercarse lo más posible a aquel que tenía necesidad de ella. El intenso deseo de ofrecer la misericordia a los pecadores ha hecho encontrar al Cura de Ars los medios para darla.

Su fama como confesor está ligada, sin lugar a dudas, a su santidad personal. No era infrecuente escuchar a los habitantes de Ars razonar así, como decía uno de ellos: «Nosotros no valemos más que otros, pero no tendríamos suficiente vergüenza si nos entregáramos a semejantes desordenes en presencia de un santo»<sup>3</sup>. Pero más allá de la influencia de su santidad, también intervienen otros factores. Uno de ellos parece que ha desempeñado un papel nada despreciable. El Cura de Ars leía en los corazones; tenía como la intuición de las conciencias. Evidentemente, es difícil saber que es lo que pasaba dentro del confesionario entre el sacerdote y los penitentes. Es necesario, por lo tanto, ser prudentes en este terreno. Pero muchos testimonios recogidos durante el proceso de canonización testimonian que aquellos que se arrodillaban delante del cura de Ars se sentían brutalmente confrontados ante su propia vida. Con frecuencia, el sacerdote advertía al penitente de una o varias de sus faltas.

El sacerdote Alfred Monnin, uno de sus primeros biógrafos, cita, por ejemplo, el caso de un hombre de mala vida que, cubierto de enfermedades, fue a Ars esperando obtener la curación. Siguiendo el consejo de algunos amigos, acepta confesarse. Juan María Vianney le escucha en silencio y luego le pregunta: «¿Es todo?» – «Sí», responde el hombre. – «Pero, no habéis contado que tal día, en tal lugar, habéis cometido una grave falta». Y el sacerdote le empieza a relatar la historia de su vida mejor que si la hubiera contado el propio protagonista. Este tipo de sucesos son numerosos. Juan María Vianney hacía frecuentemente la pregunta acostumbrada: «¿Cuando fue vuestra última confesión?». Sucedía que muchas veces el penitente no se acordaba. Entonces, no era extraño que el Cura de Ars respondiera por el penitente: «Fue hace veinte años, amigo mío, y no comulgó después de esa confesión».

La agudeza de la mirada del confesor provocaba una conmoción en el penitente. Este experimentaba una situación parecida a la de la Samaritana del Evangelio. Esta había oído a Jesús decirle que no tenía marido y había puesto al descubierto su vida.

<sup>2</sup> Bernard NODET, *Jean Marie Vianney, curé d'Ars. Sa pensée, son cœur*, Cerf, Paris 2006, p. 133.

<sup>3</sup> Alfred MONNIN, *Le curé d'Ars*, I, Douniol, Paris 1861, p. 220.

Unos instantes después, se dirigía a su pueblo con una emoción apenas velada: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho». El penitente de Ars no tenía la sensación de haber sido acusado o condenado, sino de haber sido mirado por Dios en lo más íntimo de su vida. Toda resistencia, toda defensa, en ese momento, se desvanecían. Se abría a la Luz, sin buscar excusas, sin recurrir a subterfugios, sin justificarse. Se encontraba de golpe delante de Dios. Y Dios le venía a buscar en las situaciones más corrientes de su existencia: era allí dónde había sido alcanzado y salvado. Bajo esta luz, había sido reconducido a la verdad existencial de su ser y era por eso que la gracia del sacramento operaba profundamente en lo más íntimo de su alma. Salía del confesionario regenerado. Dios había pasado por él. Había actuado. El penitente había experimentado que Dios le amaba tal como era. Uno de los primeros efectos de la misericordia es el de no disimular más y aceptar que Dios nos pueda mirar sin trabas. Es en esta experiencia de la luz que nos penetra donde uno mide la inmensa bondad de Dios y el impulso que nos permite recomenzar y fortificar la decisión del cambio de vida.

Así, en el ejercicio de su ministerio, Juan María Vianney mostraba que la misericordia de Dios no disminuía en nada la exigencia de la Verdad y el esfuerzo costoso al que está asociada. El juntaba los dos en el profundo equilibrio que le comunicaba la santidad. Hablaba de la misericordia como nadie ha sabido hacerlo: «Qué bueno es Dios, decía, su buen corazón es un océano de misericordia. Así, por muy grandes pecadores que seamos, jamás podemos desesperar de nuestra salvación. ¡Es tan fácil salvarse!» «Nuestras faltas son como granos de arena al lado de la misericordia de Dios. Es un grano de incienso delante de una montaña. Dios corre detrás del hombre y lo hace volver» (Toccanier, Proceso de canonización).

A los que se complacen en hablar de sus exigencias y austeridades, hay que recordarles el simple juicio, pero certero, que hizo un campesino de Ars que había conocido a Juan María Vianney desde su llegada: «Predicaba sobre todo sobre el amor de Dios, sobre la presencia de Nuestro Señor en la Eucaristía, sobre la inhabitación del Espíritu Santo en nuestra alma. Y cuando hablaba del pecado, se ponía a llorar». Juan María Vianney había aprendido a deshacerse del espíritu jansenista con el que había sido marcado en su juventud y durante sus primeros años de ministerio en contacto con el párroco Balley, en Écully. Explicaba en sus catequesis: «Los jansenistas tienen aún los sacramentos, pero no les sirven de nada pues piensan que hay que ser muy perfecto para recibirlos. La Iglesia sólo desea nuestra salvación; por eso nos ha mandado recibir sus sacramentos»<sup>4</sup>.

Pero, la misericordia no es una virtud edulcorada, que se contenta en bendecir y absolver, haciendo creer que no hay diferencia entre el bien y el mal, y que, en

<sup>4</sup> Alfred MONNIN, *Le curé d'Ars*, I, Douniol, Paris 1861, p. 327.

definitiva, como dice la canción, «todos iremos al cielo»<sup>5</sup>. Juan María Vianney tenía un agudo sentido de la gravedad del pecado; esta conciencia era en su caso, consecuencia de una realidad mayor en su vida espiritual: vivía en una continua unión con Dios: «Un día me confesó, cuenta el hermano Athanase, que raramente perdía el recuerdo de la presencia de Dios». Y el sacerdote Toccanier resume así el clima de su vida interior: «Dios, nada más que Dios. Dios por todas partes, Dios en todo, toda la vida del Cura de Ars está allí».

De este modo, todo lo que le separaba de Dios, todo lo que le ofendía, le hacía sufrir. Si es cierto que tenía amor hacia el pecador es aún más cierto que tenía horror al pecado. También sopesaba su responsabilidad como párroco, una responsabilidad que, a menudo, le atormentaba: «Si hubiera sabido lo que es ser sacerdote, en lugar de irme al seminario rápidamente me hubiera salvado en la trampa»<sup>6</sup>. Percibía los efectos del pecado en los corazones con una especie de angustia: «El pecado oscurece la fe en las almas como la niebla espesa oscurece el sol a nuestros ojos: vemos que es de día, pero no podemos distinguir el sol»<sup>7</sup>. «Oh, Jesús, dame un santo horror de nuestros pecados. Haz pasar en nuestros corazones una gota de esa amargura con la cual fue inundado el tuyo. Si nosotros no podemos borrar nuestros pecados por la efusión de nuestra sangre, haz que al menos los podamos llorar»<sup>8</sup>.

Juan María Vianney percibía el carácter dramático de toda la existencia humana, porque el hombre se jugaba la eternidad. Tenía «una visión patética de la salvación»<sup>9</sup>. Esta convicción estaba tan anclada en él que imprimió en su vida espiritual una orientación de la cual los rasgos más espectaculares fueron la práctica de una ascética rigurosa. Sus penitencias eran impresionantes por su duración y por su frecuencia. Algunos han visto en ellas una búsqueda patológica del sufrimiento. Más bien, se trataba de la expresión de una verdad profunda: la voluntad de santificarse a uno mismo para santificar a los demás. Renunciar a uno mismo, aunque para ello tuviera que renunciar a un bienestar legítimo, era para él una manera de abrir con mayor amplitud las puertas de su vida a Dios. Decía: «Solo hay una manera de entregarse a Dios en el ejercicio de la renuncia y del sacrificio: darse por entero, sin guardarse nada para si. Lo poco que uno se queda solo sirve para estorbar y sufrir... Pienso a menudo que me gustaría perderme y no encontrarme más que en Dios»<sup>10</sup>. «Darse por entero» estaba inscrito en el corazón de su ministerio.

Insistía de un modo particular en la renuncia a la propia voluntad: «Solo tenemos en propiedad nuestra voluntad; es lo único que podemos aportar de nuestro interior

<sup>5</sup> *Holidays. On ira tous au Paradis*, canción de Michel Polnareff (1972).

<sup>6</sup> Alfred MONNIN, *Le curé d'Ars*, II, Douniol, Paris 1861, p. 275.

<sup>7</sup> Bernard NODET, *Jean Marie Vianney, curé d'Ars. Sa pensée, son cœur*, Cerf, Paris 2006, p. 147.

<sup>8</sup> Id. p. 143.

<sup>9</sup> Saludo de Juan Pablo II a Ars, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, IX/2 (1986) 890.

<sup>10</sup> Alfred MONNIN, *Le curé d'Ars*, II, Douniol, Paris 1861, p. 631.

para honrar al buen Dios. De esta manera, se asegura que un solo acto de renuncia a la propia voluntad, le es más agradable a Dios que treinta días de ayuno»<sup>11</sup>. Y no dudaba en poner ejemplos concretos: «Privarse de una visita que nos gusta, hacer una obra de caridad que nos fastidia, acostarse diez minutos más tarde o levantarse diez minutos antes; cuando se nos presentan dos cosas para hacer, dar la preferencia a la que nos gusta menos»<sup>12</sup>.

Esta abnegación no tenía nada de encerramiento sobre sí mismo, ni de un tipo de auto mutilación: Juan María Vianney veía en ello el camino por el cual Dios tomaba posesión de su vida; le insertaba en la *sequela Christi*, Él, el salvador, que, en su amor de Padre, había aceptado abajarse. Esta renuncia no tenía nada de destructor; era vivificante debido al amor que la inspiraba.

Comprometido en esta vía de radicalismo evangélico, podía interceder por su pueblo con toda confianza y con una gran autenticidad interior. Así, llegando a Ars, no tenía más que una súplica, al pie del tabernáculo: «Dios mío, convierte mi parroquia, y yo estaré dispuesto a sufrir todo lo que queráis, durante el resto de mi vida». Comprometiendo toda su persona en esta petición, se asociaba a la acción de Dios, que era el único que podía convertir los corazones de sus parroquianos. Se muestra plenamente solidario con ellos. Y esto es lo que más le afectó en los últimos años de su ministerio: no poder dedicarles el tiempo que quería.

Es en este estado de espíritu que el soportará las horas interminables de confesiones. Lo que sufría en el confesionario lo ofrecía por la conversión de aquellos que venían a recibir el perdón. Algunas de sus confidencias permiten entrever la pruebas a las que estuvo sometido: «Me consumo de preocupación por esta pobre tierra, decía a un sacerdote muy próximo: mi alma está triste hasta la muerte. Mis oídos no escuchan más que cosas penosas que me afligen el corazón. Ya no aguento más. Dime, ¿sería un gran pecado desobedecer a mi Obispo e irme de aquí discretamente?»<sup>13</sup>. «Dios mío, ¡cuánto tiempo aún con los pecadores! ¿Cuándo estaré con los santos? Se ofende tanto al buen Dios que estoy tentado de pedir el fin del mundo. Cuando se piensa –añadía entre lágrimas– en la ingratitud del hombre hacia Dios, se está tentado de irse a ultramar para no verlo»<sup>14</sup>.

El sentido que daba a sus mortificaciones aparece claramente cuando proponía una penitencia a aquellos que eran absueltos: «Yo sé, decía Toccanier, que el solo daba a los penitentes penitencias proporcionadas a su debilidad, es decir, en general muy flojas y el se dedicaba a suplirlas con penitencias personales». Un día que uno se sorprendió ante la levedad de la penitencia que el Cura de Ars le indicaba, éste

<sup>11</sup> Alfred MONNIN, *Le curé d'Ars*, II, Douniol, Paris 1861, p. 645.

<sup>12</sup> Id., p. 646.

<sup>13</sup> Id., p. 271.

<sup>14</sup> Id., pp. 273-4.

#### EL CURA DE ARS, APÓSTOL DE LA MISERICORDIA

le respondió: «Vayasé, vayasé, amigo mío, yo haré el resto». El hermano Athanase, añade: «El santo Cura me dijo una vez: un penitente me preguntó porque lloraba escuchando su confesión. Yo lloro, le respondí, porque usted no llora». Al contacto con los pecadores, dicen sus biógrafos, «era un tesoro de ternura y de misericordia».

Es conocido que el tiempo pasado en el confesionario ocupaba la mayor parte de su jornada, pero el clima de misericordia se extendía a la totalidad de su existencia. Su vida entera se había convertido en una misericordia. Y es por esto que él subrayaba el peligro que se cernía sobre el párroco en su responsabilidad pastoral: «Lo que es un gran mal, para nosotros los otros párrocos, es que el alma se entumece. Al inicio, uno está preocupado por el estado de los que no aman a Dios; después uno dice: aquí están los que hacen bien su deber, ¡tanto mejor! Allí están los que se alejan de los sacramentos, ¡tanto peor! Y uno no hace ni mucho ni poco». Con el tiempo, en efecto, la indiferencia puede vencer a la pasión de transmitir los efectos de la misericordia. Uno acaba por resignarse. La preocupación por ganar almas para Cristo puede incluso evaporarse. En el caso del Cura de Ars, la pasión por su ministerio era tan profunda que decía: «Aguantaré hasta el fin del mundo». Pocas horas antes de morir aún confesaba.

Acabo con unas palabras de Juan Pablo II que era tan aficionado al Cura de Ars. Se dirigía a los sacerdotes en estos términos, el jueves santo de 1986, año en que viajó a Ars:

«El ministerio de la reconciliación es sin lugar a dudas el más difícil y el más delicado, el más fatigoso y el más exigente –sobre todo cuando los sacerdotes son pocos. Supone, también, en el confesor, grandes cualidades humanas, y por debajo toda una vida espiritual intensa y sincera; es necesario que el sacerdote recurra el mismo a este sacramento.

Estad convencidos, mis queridos sacerdotes: este ministerio de la misericordia es uno de los más bellos y consoladores. Os permite esclarecer las conciencias, dar el perdón y devolver el vigor en el nombre del Señor Jesús, ser para ellos medicina y consejero espiritual; la confesión es “la manifestación irremplazable y el test del ministerio sacerdotal”»<sup>15</sup>.

(Trads. de Santiago Casas)

---

<sup>15</sup> Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes con motivo del jueves santo, el 16 de marzo de 1986, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, IX/1 (1986) 734. El texto entrecerrillado por el papa en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VI/1 (1983) 833.